

CONFERENCIA

Sustentada en la Universidad de Guayaquil

POR EL SEÑOR DOCTOR DON

ARMANDO PAREJA CORONEL,

Profesor de Patología Interna,

EL DÍA 8 DE JUNIO DE 1931,

sobre conceptos acerca de la crisis económica
nacional e insinuación de medidas para conjurarla.

Señor Rector, señores Profesores, señores alumnos, señores:

Traído por una disposición reglamentaria a esta honrosa tribuna, véome en el compromiso de presentarme ante Uds. a exponer ideas que pido sean escuchadas con benevolencia, ya que bien se que no tengo los quilates necesarios para desempeñarme a satisfacción desde el alto sitio que ocupo en este momento.

Los centros culturales de altos estudios científicos y de orden social, cuentan en su conjunto con elementos que por su forma y calidad de trabajo son o deben ser los guías, la luz directriz llamada a conducir por el mejor sendero a la comunidad toda; de ahí es que, a los núcleos pensantes les esté encomendado por deber ineludible, el recomendar, indicar y aún más, llevar a cabo la resolución de profundos problemas que afecten su medio. En nuestro caso nuestro medio se circunscribe al país que nos ha educado generosamente, llevándonos a ocupar una delicada situación a la que debemos responder ya por gratitud cuanto que por caballerosidad y alteza de miras. Actos como este, por lo mismo, son un llamamiento a la unión en el esfuerzo para salvar esta situación actual cuya fuerza opresora nos tiene cerca de la asfixia.

Ni en nuestra edad infantil ni en los primeros años de nuestra pubertad pudimos pensar en que sería a la generación actual a la que le tocaría afrontar tan tremendos problemas, soportando sobre sus hombros el más grande y complejo conflicto que se desarrollaría como se ha desarrollado en el mundo. Ni los más eminentes pensadores del mundo calcularon las infinitas proyecciones de la tragedia de Sarajevo. Cuatro años de guerra fueron suficientes no sólo para producir infinitas calamidades en los campos ensangrentados de la contienda, sino para poner al borde la locura, diez o doce años más tarde, a la humanidad. Si la paz y la concordia que como hábito bendito hizo cesar el fuego de los cañones, siguió la otra guerra: la de las ambiciones y de los codiciados intereses. La tranquilidad del mundo, ha, pues, desaparecido, todas las naciones se debaten bajo la presión de tremendas inquietudes procurando el mantenimiento del equilibrio social-económico y los cerebros visionarios de cada país mantienen rudas campañas de defensa nacionalista, tomando medidas en favor de sus intereses, sin reparar en el perjuicio enorme que irrogan a las naciones que forman el concierto internacional ni en la fuerza de regresión contra sí propios. Si el mal mundial tratara de remediarse egoístamente, no podrá verificarse el milagro y sobrevendrá una conflagración que ha de cambiar inevitablemente la faz del mundo.

El analizar la crítica situación mundial del momento, es tarea digna de eminencias. Es un estado de cosas tan complicado a mi entender, que sería labor ímproba de innumerables fases, cuya descripción requería obras de grueso volumen. Como estamos colocados en este rincón del mundo y el mal aflige a todos, no sólo somos espectadores sino también actores por acción refleja de los ajenos males y por la patología social que también nos afecta.

Se me ha de perdonar deficiencias; yo soy un médico. Mi esfuerzo es una ciencia distante de mi actividad profesional no es otra cosa que una vibración del medio y una asunción del deber de observación y estudio para transmitirlo a discípulos de esta Universidad, no con las pretensiones de una tesis irrevocable sino como un producto de interés cívico al cual tenemos el deber esencial los hombres de la Universidad de no sustraernos.

Valga la sinceridad de mi deficiencia para merecer el favor de la atención de Uds.; no tengo la sapientísima ilustración de

los llamados en nuestro país expertos económicos que para nosotros tienen un aspecto como de seres mitológicos, personajes considerados por los altos poderes públicos como oráculos. Pero, alentamos sobre la base del sentido común y si no decimos cosa perfecta, damos cooperación evidente. Lo grave, lo pro-sentido común es la base de las leyes escritas, cualquier individuo de equilibrada mente puede atreverse a dar sus puntos de vista aunque para asumir tal carácter haya estado falto del tiempo necesario para leer dos o tres manuales de ciencias económicas, que, —por lo general,—son el alimento con que se han indigestado más de uno de los actuales hombres de las finanzas de cuyos desatinos sufrimos las consecuencias.

Dicho, lo que antecede, comenzamos por declarar que no es nuestro pensamiento el que podamos influir como fuerza directriz en la señalación de las normas que han de regir al mundo. Pero, si en cuanto la tendencia universal es también la de salvación, no retrasar la propia acción es el imperativo que corresponde a la cooperación, base de las prosperidades colectivas e individuales por consecuencia.

Más, si vamos a analizar en síntesis los efectos económicos emanados de los innúmeros fenómenos de la post-guerra, debemos declarar que uno de los dictados que más profundamente ha afectado nuestro ánimo, ha sido la declaración del eminente economista inglés Keynes, en su obra "LAS CONSECUENCIAS ECONÓMICAS DE LA PAZ," Londres, 1920, cuando revoluciona el criterio social afirmando que los problemas actuales no residen en soberanías ni en fronteras sino en "*Hambre, Producción y Transportes.*"

No por casualidad sino por hechos consumados sobre cálculos erróneos, se produjo una guerra devastadora que resultó una conflagración; y lo que fué egoísta interés de predominios comerciales resultó una hecatombe de consecuencias financieras para quienes, con interés mediato en la guerra hubieron de hacerlo inmediato para alcanzar la seguridad de sus negocios realizados con los beligerantes, personas jurídicamente responsables en el derecho internacional.

Este es, en síntesis, el génesis de la crisis cuyas irradiaciones desoladoras estamos sufriendo; crisis que nos ha tomado descuidados e indolentes, como que buena porción de sangre musulmana corre en nuestras venas, con nuestras propias modalidades, pues que si no confiábamos en que todo sería obra de

Alá, esperábamos el milagro, el munífico cacao, a cuyo amor y esperanza todos los hombres de esta nación hemos regido nuestra vida. Nos ha hallado la crisis, pues, carentes de dinero para suplir la pérdida del cacao; y nos ha hallado carentes de hombres doctos en economía, finanzas, hacienda, industrias y en tantas y tantas ramas del saber que nos habrían permitido, de tenerlos, afrontar con cierta ventaja estos tremendos días.

Tenemos aún otro aspecto referencial que tomar y este es principalísimo para nuestra tesis, tanto porque reside en la política modal de un país preponderante, cuanto porque, sus consecuencias comienzan a dejar de ser fuente de optimismo e incógnita, sino, por el contrario, laguna de dudas. Y como esta política ha contagiado a muchos pueblos innovadores sobre la base de ajenas experiencias, tratamos de tomar el puesto que nos corresponde en este concierto, por ser también, —a la postre,— de aquellos pueblos que gustan de los novedosos sistemas ajenos.

Me refiero al sistema bancario de la Reserva llamado en Estados Unidos de Norte América, Banco de la Reserva Federal, sobre cuyo molde algunos pueblos de Europa y en el continente americano, con nosotros, Colombia, Perú y Chile han fundado la evolución de la riqueza nacional.

No soy amigo de las miradas retrospectivas, porque sobre todo para las adaptaciones, sería absurdo volver en el siglo XX a la época ya nebulosa de los Faraones. La época actual tiene celeridades inauditas. Por lo mismo, en esta conversación, trato de puntos referenciales muy someramente, con afán de orientación, con espíritu de hombre joven que no pretende reconstruir sobre pasadas ruinas sino forjar un plan que, modesto y todo, sirva a la colectividad ecuatoriana, no como aguja magnética que señala nortes definitivos pero sí como el esfuerzo ciudadano, de quien, ajeno a estas actividades, no obstante, ha tratado de profundizar un tanto la materia para dar como ecuación una suma de observaciones, un ejemplo para quienes lo requieran y, repito, como elemento de cooperación. Pienso, pues, que debemos ir adelante con programa propio, sin mirar hacia atrás ni ofender a destiempo un pasado que acaso no tuvimos el valor de rechazar. Algún día debe acontcernos que los hombres que toman el Poder nacional, no traigan sobre su escudo de luchadores grabada la palabra "Revisión", —como hasta el presente de nuestra historia,— sino alguna frase de menor presunción y mayor efectividad, como por ejemplo la sencilla pero fecunda

palabra "Acción." Yo creo que si despertamos de la embriaguez del 10 de Agosto, del 9 de Octubre, del 24 de Mayo y del 27 de Febrero, y consideramos que hay deberes que cumplir premiosamente; si en vez de elevarnos sobre la ruina ajena sin fuerza en los músculos propios para caer pronto, —igual que torear la Patria Nueva. Siempre la mano de Dios parece atenta a ofrecer a la humanidad, después de estas grandes catástrofes, la simiente de las renovaciones. El dolor común conmueve todo el organismo social y lo sabe compactar instintivamente para las modificaciones radicales. No retrasemos, pues, nuestro esfuerzo.

Me voy a permitir el adelanto del comentario acerca del sistema de monedas y del juego bancario con ellas, bajo el sistema restrictivo del modelo norteamericano llamado "Reserva" porque tengo como una convicción, cada día más profunda, la negación de su eficacia. Surgido como una panacea sobre las ruinas del Knickerboker Bank, en 1913, parece que al presente los prestigios de su seguridad, afrontan, aliados a la codicia y al egoísmo, las luchas contra las necesidades sociales del mundo entero, al extremo de que sus propios creadores son víctimas del ensayo y ya se ha presentado en el rico y feraz territorio norteamericano el espectro del hambre. Hay desocupados en la patria de Washington y por sobre los montones de oro y de las grandes cosechas de la tierra, como de los enormes stocks industriales, hay gente con hambre y desnudez bajo los harapos de la seda de ayer.

Ya lo ha declarado con su gran autoridad Henry Ford que el problema que agita al mundo es simplemente de desconfianza. Si el regulador monetario constriñe la circulación y cataloga todos los negocios con criterio no siempre justo, pretendiendo medir ajenas capacidades, para determinarlas a un límite, claramente es un obstáculo a las actividades y a la iniciativa: una valla infranqueable por la inteligencia del hombre. Su política conservadora trae consigo el engendro de la estagnación y la derrota común; aquieta los brazos y paraliza los cerebros y las máquinas. Y cuando esto se realiza, evidentemente infunde la desconfianza: se esconde el dinero y no luce sobre el cielo una estela de esperanza a las amargas luchas por la existencia sino la pesada y brutal palabra «Seguridad» brotada desde los bajos fondos del Dolo y de la Usura.

En nuestro país el snobismo en materia bancaria, nuestro entusiasmo por las adaptaciones novedosas en esta delicada si-

tuación, no ha hecho otra cosa que crear falsos valores técnicos sino insólitas pretensiones doctorales mal nutridas, y con tan mala cosecha, la hecatombe financiera más monstruosa, individual y colectiva que jamás pudimos imaginar: uno de aquellos desastres que, fácilmente, en un lustro hemos podido perfeccionar para nuestra ruina pero para cuyo restablecimiento habremos de tomar cuantos como no nos es dable medir.

Hablamos, pues, de nuestro propio problema y consiguientemente hemos de atacar todo el frente de nuestra adversidad. Si la serenidad analítica genera resentimientos de orden político, en las fuerzas directrices, debo declarar que no es mi intención atacar individuos, o precariedades agotadas en el fracaso, que no otra cosa desearan que desocupar el campo de sus errores y eludir responsabilidades. Mi intención va de fondo a los errados sistemas de adaptación: a las erradas modalidades de construir un Fisco rico a fuerza de negocios en vez de simple colector de la sociedad, cuyos ahorros han de distribuirse en devoluciones justas. Mi intento va finalmente, a la justa aplicación de los deberes del Estado, sustituyendo la espúrea divisa "NEGOCIO," por la legítima y más elevada de "SERVICIO."

Y, entonces, pragmatizamos: Una nación no puede tener un Presupuesto General superior a su medio circulante monetario sino en riesgo de sucumbir por inanición. ¿Cuál es el Presupuesto del Ecuador y cual su circulante monetario positivo?

No se puede tener una institución aduanera suspendida como una amenaza sobre la fuerza social del comercio, al cual no sólo amedrenta sino que extorsiona bajo el amparo de libre interpretación inmoral, consignación legal de "cobrar por la línea de arancel que mejor rinda," bajo el inmoral imperio de las reliquidaciones hasta con un año de plazo por sobre documentos en que han intervenido vistas, liquidadores, revisores y más empleados al ingente sistema.

No se puede mantener protección arancelaria a manufacturas de países que no recíprocamente sus aranceles para nuestros productos.

No se puede dejar puerta abierta a la importación de productos naturales o manufacturados que vengán a desplazar a los nacionales, entre muchos como en el caso de nuestro tabaco.

No se puede hacer política con las obras públicas sin riesgo del despilfarro y del engaño.

No se puede permitir la organización de sindicatos indus-

triales o de otro orden de negocios sin infligir daño a la economía social.

No se puede retribuir con preferencias cuantitativas un trabajo sino en relación al servicio prestado. Lo contrario es el fatal estímulo a la burocracia, restando hombres a la iniciativa y al esfuerzo, campos difíciles para su acceso, pero de promesas mejores.

Atendiendo a la teoría de Keynes, creada por su amplio miraje, desde hace once años, concretamos:

HAMBRE:

Parece que dioses vengativos se hubieran confabulado para llevarnos por el camino de todas las aberraciones a crear un estado que parecía imposible de aclimatarse en el suelo generosísimo de nuestra América. Pero, hay que confesarlo, somos ya víctimas del hambre, no por inercia social, no esencialmente por privilegios de clase e impunidad de exploradores. Somos víctimas, principalmente, por lo mal que nos conducen quienes tienen fuerza para ello, jugándose nuestra suerte a cambio de su bienestar. Somos víctimas de quienes en plena incapacidad se han abrogado el título de conductores, hacendistas sin escuela, expertos sin experiencia, académicos de la obscuridad surgidos desde el fondo de nuestra indiferencia cívica.

Azotadas nuestras comarcas, en la costa, por la terrible peste del Surinam, los campesinos buscan el refugio en las ciudades para hacer solamente más cruel el espectáculo de los desocupados y miserables. Los talleres languidecen sin trabajo porque nadie se afana ya por mantener su standard de confort; el imperativo es comer pan. Y el que más tuvo se estrecha, todo se reduce, todo se empequeñece. Los más audaces aún quisieran activarse, pero dentro de la situación letal nadie se atreve ya a buscar el crédito miserable de noventa días de plazo cuando por todos los frentes no hay sino desalientos. De otro lado, los de la ciudad van hacia los campos, pero la tierra, si generosa, es dura para labrar; requiere auxilios que nadie ofrece. La Escuela y la Higiene están circunscritas al poblado, no alcanzan a la campiña. El Paludismo, la Ankilostomiasis y la tuberculosis son la oferta más segura de la campiña ecuatoriana. La equívoca organización presupuestaria y su enorme falta de equidad no brindan esperanzas. La injusticia social comienza a irradiar desde el llamado Poder Público.

PRODUCCION:

Si producimos materias primas y algo tenemos en materia industrial. Podríamos abastecernos y podríamos exportar nuestro excedente para cambiarlo con aquello que no tenemos. Mas, en el instante de nuestras necesidades se nos ha ocurrido un trasplante infeliz y para hacerlo hemos importado doctores que para dictar el juicio clínico han desconocido los antecedentes del enfermo. Se ha pretendido dictar recetas por simples apariencias patológicas.

La producción dentro del criterio económico y con referencia al momento actual, es como una niña clorótica.

No hemos tenido dentro de nuestra sabiduría de pega un sólo hombre capaz de considerar la suma de nuestros déficit y sintiendo la intensidad del mal, de crear nuevos y extraordinarios recursos para cubrir ese déficit de producción. Y en el momento de la gravedad cuando se habló de la policultura, el Banco Hipotecario del Ecuador protegió el cultivo del arroz y cuando los resultados eran una esperanza para la nueva siembra, este Banco solicitaba del Central los recursos para intensificar esta producción. Consultada la operación a la casa matriz de Quito, respondió una negativa en el caso más patente de algidez e insensibilidad. Los valientes productores de arroz quedaron a merced de su suerte y ya no será en adelante una esperanza esta línea de producción y habremos estrechado más nuestra capacidad y agrandado nuestra miseria.

Para el problema de la producción necesitamos la creación de un signo de cambio que nos permita activar las energías agrícolas del país por sobre todas las construcciones de la impericia o avaricia bancaria con su desacreditada significación central y reguladora. Por sobre todos los errores de última hora ha de flotar por los ámbitos del mundo como una verdad inmovible la eficacia en la libertad de negocios; con todas sus inseguridades, tenemos para acreditarla el prodigioso desarrollo científico e industrial, alcanzado por el mundo, las maravillosas conquistas arrancadas al Ignoto hasta la fecha de 1913 en que se estableció el límite. El progreso del mundo no viene cabalmente de esa cercana fecha; viene de más lejos, se eleva en el siglo XIX y tropieza en el primer cuarto de este siglo. Bien pudiera que el famoso sistema de la Reserva sea el generador de la desconfianza, que es, sin duda la fatal puerpera del aterrante fenómeno de la crisis.

Si como es aconsejable llegamos a crear un signo o una motora convencional para activar nuestros esfuerzos en la agricultura su estabilidad a la sociedad en la organización cooperativa por las parcialidades de sus componentes. De aquí ha de nacer la Sanidad Rural y la Escuela Rural. Levantaremos al fin el standard de vida de nuestros obreros campesinos y habremos hecho no sólo una obra de bien social, cristiana y grata al espíritu: haremos algo de lo que los hombres ajenos al sentimentalismo denominan "espíritu práctico;" haremos una raza fuerte de hombres capacitados mentalmente para aumentar su bienestar y con él, el incremento del poder económico. Un pueblo miserable y enfermo no puede dar biológicamente otros productos que miserables y enfermos.

En este aspecto reside, principalmente, la salvación de nuestro país.

Ahora, queremos rebatir la afirmación de que el problema es de superproducción: el fenómeno máquina ha desplazado al fenómeno hombre. El bárbaro fraile Malthus no soñó jamás con el poder de las máquinas, dicen. Y si la crítica ofrece muy serios puntos de meditación, como cuando el Brasil produce café en un año para que el mundo lo consuma en cuatro, es lo cierto que el problema de la superproducción no es otra cosa que un espejismo. No otra cosa es que una injusticia social de un lado cuando coloca sobre el plato de la balanza las comodidades y el confort y en el otro lado no deja siquiera las posibilidades para los explotados. La producción y la concesión de capacidades generales para adquirir operarán el milagro lento pero seguro de levantar el nivel de los standards inferiores de la sociedad. No debemos, pues, restringir la producción por cualquier afirmación pueril; lo que debemos es capacitar económicamente a la sociedad, —repetimos,— para consumir eso que producimos y que está sujeto a mecánicas regulaciones y no a audaces avances sobre lo imposible. Es un crimen inaudito aquietar el esfuerzo muscular: y lo es el de limitar las inteligencias tanto como el de mantener las tierras incultas y llenar los silos y graneros cuando en la vereda del frente hay seres humanos que languidecen con desmayos por la inanición.

TRANSPORTES:

Es, efectivamente, un problema muy arduo el de los transportes.

El aeroplano con su velocidad inaudita se acerca mucho a la celeridad de los espíritus. Los propulsores de la combustión tienen aún muchas sorpresas para la humanidad. No sólo la nafta o el éter densificado; no sólo la electricidad que ya se ríe las captaciones del rayo cuya potencialidad ha medido la ciencia como una cosa miserable a tantos centavos el kilowatio y cuestión de pocos dólares; no sólo el cohete, en el espíritu inquieto de los hombres proyecta viajes a la luna.

¿Quién sabe que captaciones de rayos solares u otras fuerzas desconocidas esconde aún la naturaleza?

Lo único que sabemos es que seguimos con celeridad: que no nos quedamos esperando otros milagros que los que surgen de los laboratorios.

Nosotros, naturalmente, distamos de pretender llegar todavía a creadores de sistemas. En esto copiamos de ajenas experiencias. Pero tenemos que ahincarse esmeradamente en el sistema de transporte y en su generalización. Buscar acceso a todas partes por todas partes, es el imperativo.

El automotor ha puesto tanta fuerza en las manos de un sólo hombre de tal modo que hace unos cuantos años habría parecido su actual realidad un cuento oriental pleno de fantasía.

Afirmar las vías troncales carreteras, que si los hacendados o las pequeñas comunas tienen medios económicos internos, darán las convergentes que convengan a su necesidad.

El transporte es factor principalísimo en los precios. De ahí que la falta de transporte económico impida a nuestra región serraniga la capacidad que requiere para levantarse por derecho propio al sostenimiento de su alto standard de vida que la hace a merced de los recursos exportables de la región costera, carga que sufrimos con fraternal satisfacción, pero que, económicamente, deja de ser una cuestión sentimental para afirmarse en el sentido de un error y una injusticia que desmedra la potencialidad de la colectividad nacional.

Grave y casi insalvable por nuestros escasos medios es la habilitación del barato transporte fluvial, el marítimo también barato, cuando se trata de transportes grandes, nacionales o extranjeros, nos encarece la producción costanera a la importación porque, a reservas de riesgos en la navegación del Guayas los pasajes, los fletes y los seguros son de elevado tipo.

En este aspecto tenemos que atender a la formalización del ante puerto de Guayaquil y a la rápida construcción de

caminos hacia el cantón Santa Elena. No hacerlo significaría continuar un tributo muy caro a las empresas extranjeras y a mantener ancha la salida de nuestro oro por este medio. Por el mismo se encarecen nuestros productos exportables. En el peor de los casos debemos considerar que el transporte del ante puerto a Guayaquil siendo aún igual en su costo al de las empresas extranjeras por la vía marítima, dejan el apreciable valor que se exporta a *fortiori*, en la casa; es riqueza que se ahorra después de haberla dilapidado por muchos años en la imprevisión.

Debemos afiliarnos a las sociedades propulsoras de caminos con el más grande entusiasmo y con la fé más sólida. El poder cooperativo es milagroso.

Luego, dentro de la situación de pobreza a que hemos sido conducidos creo que el problema no es de tan difícil solución. Nuestro patriota ejército consume la mayor parte del Presupuesto; en cambio no tenemos el riesgo de una guerra. Si por falta de iniciativa superior vive nuestro soldado tan improductivo en su cuartel como un fraile en su convento, pidámosle elevarse sobre su nivel de actualidad, afrontando valientemente la construcción de caminos. El Presupuesto parcial de las Obras Públicas perdería la inflación y el parcial militar tendría una explicación patriótica justa y digna del bronce.

Aproximadamente gastamos seis millones de sucres anuales en manteca y harinas extranjeras, dinero que, sin temor de ninguna clase, podríamos retener, pues que nuestra despreciada manteca pura de cerdo es de calidad superior a la importada y podríamos también consumir la grasa de res, como lo hace el pueblo chileno, por ejemplo. Desde luego que el cambio de alimentación debería gradual y científicamente, reglamentarse tratando de presentar nuestros productos nacionales en condiciones mejoradas y en potencia a competir con los similares extranjeros no sólo por su calidad de origen y su pureza sino aún por su empaque o envase. El pan no es la base fundamental de nuestra alimentación y ventajosamente podemos sustituirlo por otras farináceas, por nuestro abundante y barato plátano. Este no necesita experimentación pues que conocemos poblaciones enteras de nuestra costa que se mantienen no con otro alimento que la musacea citada y con la particularidad de que esos seres gozan de una salud que cualquiera de nosotros envidiaría. Hagamos, pues, un esfuerzo por nacionalizar nuestro gusto, nuestras aficiones y nuestro estómago, defendiéndonos

por estos medios de las graves depresiones monetarias que agravan nuestros propios males por irradiaciones extrañas.

Infortunadamente hay en la lucha por la vida una porción de hombres no preparados para el desempeño de roles eficientes en el concierto social, pues se comprende que existan elementos que luchan por su existencia con ayuda de su potencialidad física, como los campesinos y jornaleros de las ciudades. Otros tienen preparación para obras manuales. Pero luego aparece el preparado deficientemente en su intelecto para ocupar pretenciosamente un plano de vida superior al del jornalero y artesano. He aquí donde se advierte la capa de un parasitismo pesado, obligado a ello acaso por su limitación de facultades. En esta clase social hay desocupados inúmeros. No tiene este parásito infeliz otra orientación que el de ocupar empleos de escasa importancia en oficinas públicas o privadas.

¿Qué nos detiene a realizar un esfuerzo de industrialización, para dar trabajo a estas gentes y proteger nuestra riqueza? Me permitiría sugerir que abordáramos algo que a la simple vista parece carente de posibilidad de buenos resultados, pero que meditando serenamente, podría llevarnos a una sobreactividad y a un progreso digno de nuestra patriótica ambición.

Tal sería la instalación de grandes fábricas destinadas a elaborar todos los derivados del cacao, desde el producto pulverizado hasta los más sabrosos bombones. No sería dudoso el éxito de nuestra exportación industrial siquiera a los países de nuestro propio continente. Contamos con todas las materias primas para lanzar al mercado del mundo productos envidiables. Es a nuestra ciudad, a nuestro Municipio, a quienes correspondería estudiar esta posibilidad.

En la práctica médica hemos podido comprobar la eficacia de las leches pulverizadas. La fabricación de leche seca sería una práctica medida económica social ya que pondría este producto en plenitud de pureza al alcance de las madres pobres; se ahorraría el oro que sale por este concepto y aún más, con toda seguridad, podríamos ofrecer a los países vecinos un mercado favorable de abasto por calidad y precio.

Cuando se comenzó a sentir el malestar económico, la preocupación capital nuestra, diré de nuestros gobernantes y de buena porción de nuestra prensa, fué la de reducir por todos los medios las importaciones. Se hizo ardua campaña de proveernos preferentemente de los productos nacionales. Se elevaron las tasas aduaneras de algunos productos importables

y hace poco aún, se dictó un decreto prohibiendo la importación de calzado extranjero, como si solo en ello dependiera nuestra crisis. En cambio se dió rienda suelta a la afición por muebles de acero y se invirtió millones otorgados a manos judaicas por estas satisfacciones, mientras nuestros talleres y nuestros bosques fueron condenados a la quietud. Se importó maquinaria y elementos como el cemento en cantidades fabulosas para obras públicas que pudimos y podemos proveer nosotros mismos. Tantas y tantas absurdidades ha hecho nuestra impertinente fantasía. He aquí una clave que descubre el por qué y por la escasez del circulante nuestros consumos internos han sido reducidos como a un 40%. Nuestro propio gobierno con el arma suicida en las manos.

Así lo acusa irrefutablemente el déficit presupuestario que nos ofrece la aterradora cifra de un desequilibrio de 33 1/2 %, hasta el presente.

Ciertamente que la situación tendería a la mejora cuando la balanza comercial fuera hacia el equilibrio por medidas juiciosas, por una vida modesta sin desatentados rumbos.

Pero la rienda suelta a nuestras absurdas aficiones nos llevan por muy mal camino. No hay capacidad mental que aparezca como una promesa de salvación por ningún lado. Seguimos cayendo, cayendo sin el menor esfuerzo por detenernos antes de llegar a la profunda sima.

Los bancos nacionales, organismos de crédito social, se derrumban sin causar la menor emoción que el comentario callejero les adjudica. No se hace nada para protegerles y quedamos fijamente obligados a los bancos extranjeros sobre los cuales en nuestro país no tenemos legislación aparente. Ellos toman lo que pueden de la irradiación de sus acreditadas matices de ultramar sin dar nada. Aún sus presupuestos de empleados no tienen una obligación de dar en sueldos siquiera un 75% de sus gastos.

Nuestro desequilibrio en la balanza comercial, con grave situación para nuestro poco oro que tampoco tiene la menor defensa de parte del famoso organismo regulador central, acusa cifras. La Estadística nos ofrece en 1929 una importación de \$ 84.835.263 y la exportación la cifra de \$ 86.036.22. Aparentemente tenemos un superavit de \$ 12.001.559. Pero esto no es verdad efectiva, pues que habremos de descontar las exportaciones catalogadas estadísticamente del oro (tierra mineral) y del petróleo, que fueron, por ejemplo, en 1930 de

§ 15.798.435 y de § 7.388.624, respectivamente. Sumemos a estas exportaciones que no traen más oro que el necesario para jornales de las empresas extranjeras y las de otras empresas y de las remesas del ausentismo nacionales y ahorros extranjeros. Más aún lo que se fuga, lo que se evade por ocultación avariciosa, por desconfianza, por defensa natural contra la destentada manera de luchar y forzar tributos al capital, la inconsistencia legal, etc., etc., y tendremos para darnos cuenta cabal de que hemos descendido al último peldaño de la degradación económica, sin el menor astibo de parte del Gobierno nacional ni del Banco Central del Ecuador para detener esta caída general.

Me permití dar las cifras de exportación de tierra mineral aurea y de petróleo, por el año de 1930, por no haber podido obtener el dato de 1929. Pero sí puedo decir que las importaciones en general del año 1930 sumaron estadísticamente un valor de \$ 63.918.106 y las exportaciones de \$ 80.646.539. Si descontamos esas exportaciones que no regresan convertidas en oro, tenemos el año anterior un déficit contra la economía ecuatoriana del valor de \$ 6.521.626.

Cual copiosa sangría nuestro oro se escapa rápidamente, sumiéndonos en un verdadero colapso comercial, es menester pues, señalar el mal en toda su amplitud para que unidos ante la fuerza del dolor común, busquemos cuantas medidas estén a nuestro alcance para contrarrestar esta gravísima y desesperante situación.

Ruego una vez más al auditorio perdonar esta serie de observaciones. Ellas no tienden a la realización de una crítica demoledora. Tienden a dar la voz de alarma sobre cifras ciertas, no para hacer un trastorno social sino para buscar la cohesión, la mancomunidad de esfuerzos en este instante de suprema angustia para tratar de devolvernos la habitual tranquilidad.

Agradezco sinceramente la gentileza demostrada al asistir a esta conversación, y os pido disimular las lagunas y deficiencias que habéis notado en el curso de este trabajo. Pues, sólo se ha tratado de un esfuerzo de buena voluntad de un ciudadano y de un profesor de esta ilustre Universidad.